

templamos un templo derruido y no es la altura de la geología, sino las cavernas en que yacen los dioses derribados lo que acelera nuestra respiración. Hojeamos un códice, nos asomamos a una excavación, deslizamos nuestra atención por un museo, o, simplemente, nos derramamos en la mano un amarillo reguero de granos de maíz, y las imágenes de los ritos sacrificiales, y el ruido de los mitos dormidos, y la bruma de las figuras de los dioses, se convierten en una rara brisa, como si cerca de la cara aleteara un desesperado quetzal. Quetzal, en lengua nahuatl, es el nombre de un pájaro; es el pájaro. Cóatl, en nahuatl, quiere decir serpiente. Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, es a la vez un dios y un cimientito de la teogonía tolteca, azteca y maya, y un príncipe de Tula y una confluencia de muy diversas leyendas y un aspecto de la conquista y una palabra. Una palabra estereofónica que suena como música en el poema de las culturas mesoamericanas y que es parte de los cimientos de la conciencia nacional de México. ¿Quién era Quetzalcóatl? ¿Qué es Quetzalcóatl?

Un dios, un rey, un hombre

En su *Historia general de las cosas de Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún nos refiere que a Quetzalcóatl, «aunque fue hombre, teníanle por dios». Ambas formas de la realidad llamada Quetzalcóatl eran conjuntamente ciertas para la inmensa mayoría de los millones de habitantes que poblaban el México anterior a la llegada de Cortés. Según estimaciones de los historiadores más recientes, el número de indígenas que habitaban el México Central a principios del XVI se puede calcular entre 25 y 37 millones. ¿Cuántos de ellos tenían memoria oral o mágica del creador de los hombres, dios del viento y descubridor del maíz? Algunos de los fieles de aquel dios transmitirían a Bernardino de Sahagún, ya en los tiempos de la derrota, información que el viejo fraile —setenta y cinco años había vivido ya el leonés cuando publicara su *Historia general...*— anotó con escrúpulo de sabio: «Los atavíos con que le aderezaban eran los siguientes: una mitra en la cabeza con un penacho de plumas que se llamaba quetzalli; la mitra era manchada como cuero de tigre; tenía vestida una camisa como sobrepelliz, labrada (...); tenía unas orejeras de turquesas, de labor mosaica; tenía un collar de oro (...); llevaba auestas por divisa un plumaje a manera de llamas de fuego; tenía unas calzas desde la rodilla abajo, de cuero de tigre (...); tenía en la mano izquierda una rodela con una pintura con cinco ángulos, que llaman joyel del viento; en la mano derecha tenía un cetro (...); parecía, por donde se tenía, como empuñadura de espada. Era éste el gran sacerdote del templo». Con la mención de aquella majestad, los informantes de Sahagún érememoraban a un dios milenario que figuró en las teogonías de diversas culturas sucesivas prehispánicas o recordaban a un príncipe de la enigmática ciudad cuyas ruinas formidables siguen llamándose con el nombre solitario y orgulloso de Tula?

Mil años antes de la fundación de México-Tenochtitlan se habría iniciado el culto a Quetzalcóatl. Salvador Toscano, en una impetuosa biografía de Cuauhtémoc, agrega que «un testimonio grandioso y bárbarico de ese culto quedó eternamente grabado en las piedras de Teotihuacan y Xochicalco, es decir, en dos viejos santuarios que en tiem-

pos aztecas eran ciudades de fantasmas. En la mitología indígena, Quetzalcóatl era una divinidad creadora, un dios que en los oscuros principios se solía asociar al viento (*Ehécatl*) y al que se suponía fundador del hombre mismo, pues habiendo robado los huesos de los antepasados los regó con su propia sangre para dar origen a la humanidad». Más tarde, disfrazado de hormiga, robaría del Cerro de la Abundancia (el Touacatépetl) un grano de maíz. Con ese grano de maíz se iniciaría la alimentación de los hombres. «En la mitología teotihuacana, el culto del dios Serpiente Emplumada apareció asociado al culto de otro dios benévolo, Tláloc, señor de las lluvias y de las cosechas». En otro relato —recogido por Garibay en su *Epica náhuatl*—, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca presidirán la teogonía del México Central, y ambos, convertidos en árboles, «levantaron el cielo y lo sostienen, tal como se halla hoy».

Los estremecimientos mitológicos que recordaban a aquel dios, Quetzalcóatl, son variados y la imaginación es suntuosa al consignar las diversas leyendas. Todas coinciden en agradecerles que los hombres nacieran de los dioses. Miguel León-Portilla, en *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, recoge este poema: «Se refería, se decía, que así hubo ya antes cuatro vidas, y que ésta era la quinta edad. Como lo sabían los viejos, en el año 1-Conejo se cimentaron la tierra y el cielo. Sabían que cuando se cimentaron la tierra y el cielo habían existido ya cuatro clases de hombres, cuatro clases de vida. Sabían que cada una de ellas había existido en un Sol (una *edad*). Y decían que a los primeros hombres su dios los hizo, los forjó de ceniza. Esto lo atribuían a Quetzalcóatl (...) Este es nuestro Sol, en el que vivimos ahora, y aquí está su señal (...), allá en Teotihuacan. Igualmente fue este Sol de nuestro príncipe, en Tula, o sea, de Quetzalcóatl». La religión tolteca —más tarde los aztecas arrebataron o asumieron tanto esa religión como el idioma náhuatl— lleva el nombre de Quetzalcóatl presidiendo sus siglos. En la religión maya —la pirámide de Kukulcán, en Chichén Itzá, no es muy distinta de las de Teotihuacan— el dios del viento tiene un nombre que agrupa a dos palabras mayas: *Kukul* (pájaro) y *Kan* (serpiente). Las hablas diferentes nombran a un mismo dios del viento: la Serpiente Emplumada, *Quetzal-Cóatl*.

Una palabra, Quetzalcóatl, significó durante siglos un estremecimiento sagrado cuya memoria mágica hablaba del que buscó los huesos de los antepasados, los regó con su sangre y así formó la humanidad, la quinta forma de la vida. Una palabra, Quetzalcóatl, nombraba al dios del viento, al sostén de los cielos, al creador de la alimentación mediante un grano de maíz —durante siglos, y todavía hoy en parte, las culturas que habitaban los días y las noches desde el norte de México hasta el sur centroamericano fueron culturas del maíz—. Una palabra, Quetzalcóatl, atraviesa como un lento relámpago el sentido mágico de la vida de los indios de Mesoamérica. Es la misma palabra que servirá de nombre al príncipe de Tula, la ciudad misteriosa cuyo nombre es tal vez anterior a Teotihuacan. La memoria de Quetzalcóatl, el príncipe, entraría hereditariamente en las tradiciones orales entreverada y confundida con la memoria de Quetzalcóatl, el dios. Las investigaciones de los historiadores no consiguieron separarlos. La lógica no logró deshacer ese nudo. Quetzalcóatl, el príncipe de Tula, que fue un hombre real, reinó, gozó, lloró, se desterró de Tula, entró en el mar, dijo que volvería para iniciar el tiempo de la derrota y la desgracia. Quetzalcóatl era blanco y barbado. Y cuando los fieros aztecas vieron a Cortés y a sus gentes, que eran barbados y

eran blancos, creyeron ver a enviados de Quetzalcóatl: seres míticos, portadores de los malos presagios. Y antes de morir combatiendo, supieron que el quinto Sol caía en la noche, que esa *Edad* se acababa, que había ya comenzado el fin.

Una red de agujeros

Atribuir la conquista de millones de mexicanos al genio militar de Cortés es correcto, pero es insuficiente. El impetuoso número de aztecas a los que tan vertiginosamente sometieron los españoles se movían, en la paz (colonizadora y, *grosso modo*, nazi) y en la guerra, dentro de una teocracia militar, y ello no nos consiente suponerlos poco menos que inermes o cobardes, que no lo fueron nunca. Es cierto que Cortés supo entender la conveniencia militar de aprovechar las divisiones de los mexicanos y transformarlas en enfrentamientos. De hecho, cuando el 30 de mayo de 1521 Hernán Cortés inicia el asedio de México-Tenochtitlan (lo que hoy es México, capital federal), en el asedio, junto a no muchos españoles, figuran ochenta mil soldados tlaxcaltecas, animados por la venganza. Los aztecas eran odiados por la mentalidad de otras culturas sometidas por ellos, y arruinadas por tributos que desangraban su trabajo, desmoronaban a su orgullo y encendían sus humillaciones. A la llegada de los conquistadores, el azteca era el estado imperialista, y a Cortés no le fue difícil enfrentarle no tan sólo sus tropas —y sus armas extrañas, que serían temidas como mágicas—, sino también los numerosos miles de guerreros adversarios de los aztecas, que en los asedios aportarían su fuerza numérica y todas las heridas de su memoria. Pero aun así la destrucción del imperio de los aztecas hubiera resultado más lenta. Algo terrible y mágico colaboró con el genio de Cortés, con sus armas de rara muerte, con sus aliados mexicanos, e incluso con las epidemias de enfermedades españolas (viruela, por ejemplo) que diezmaron a los mexicanos; algo que transformó al azteca en un guerrero no tan sólo dispuesto a combatir, sino dispuesto a ser vencido. No vencido tan sólo en la batalla: vencido de un modo más vasto: vencido como azteca. Entre los gritos y la sangre, la furia y el dolor, el azteca sentía que aquellos invasores misteriosos traían la desaparición del imperio, la aniquilación de sus dioses, el cumplimiento de todos los perversos presagios. Cuando Cortés y sus soldados dejan de ser considerados como Quetzalcóatl y sus dioses acompañantes para ser denominados *popolacas* (palabra náhuatl que equivale a «bárbaros»), los presagios funestos ya han encarnado en el guerrero azteca, se han convertido en pesadumbre. En ese instante el azteca ya no combate solamente contra los españoles, a quienes aún podía oponer la bravura; ya no combate solamente contra los tlaxcaltecas, a quienes hubiera podido vencer ayudado simplemente de la costumbre: combate ya con su destino, y nada puede contra él. Y no logra olvidarlo mientras recorre el camino del exterminio.

A Cortés le precedieron el viejo temblor mágico de la palabra Quetzalcóatl y diversos «presagios y portentos» que, ocurridos años antes de la llegada de los españoles, habían aminorado la soberbia imperial del azteca y habían inaugurado en él una carcoma lenta de desconcierto y de temor. Tales presagios (una espiga de fuego sobresaltando el cielo, un templo que enigmáticamente fue devorado por las llamas, una zona